

AMENAZAS A OCCIDENTE *

ALTEZA IMPERIAL, SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORAS Y SEÑORES:

Con mucho gusto correspondo a la invitación que me ha dirigido el presidente de la Sección Española del CEDI, embajador Sánchez Bella, para ser ante ustedes el representante de España en vuestra XXIV Reunión.

Siento mucho que mis obligaciones como director del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional—CESEDEN—me impidan acompañarles durante todo el desarrollo de sus estudios, cuyo pleno éxito deseo de todo corazón.

Una de las tres ramas que componen el CESEDEN, el Instituto Español de Estudios Estratégicos, ha iniciado el pasado día 22 un curso sobre el tema «Amenazas a la comunidad», al que concurren relevantes personalidades en los diversos medios de comunicación social, de la vida política, religiosos, economistas y miembros de las Fuerzas Armadas que, durante diez días están dedicando su atención a este asunto de tan vital trascendencia para la vida y para el porvenir de la comunidad nacional.

Asunto que, si siempre ha sido importante, reviste en esta fase de la historia que vivimos un carácter de patético interés.

Así lo expuse al clausurar el XI Ciclo Académico del CESEDEN, el día 7 de julio de este año, ante S. A. R. el Príncipe de España, varios miembros del Gobierno y altas personalidades de la vida política de la Nación, que nos honraron con su presencia.

El embajador Sánchez Bella y vuestro vicepresidente ejecutivo, señor von Gaupp-Berghausen me han pedido que mi intervención de hoy ante ustedes trate nuevamente de este tema.

* Conferencia pronunciada en la XXIV Reunión internacional del CEDI (Barcelona, 28-28 septiembre 1975) que estudió el tema *Avance soviético, repliegue americano, resistencia europea*.

La misma demanda de que es objeto, en prácticamente todos los sectores de la vida del país, pone de manifiesto la inquietud y el interés que en ellos despierta.

¿A qué cabe atribuir esta inquietud y este interés actuales, después de varios decenios de general indiferencia?

La comunidad humana, nacional y supranacional, puede ser comparada al ser humano, que es la obra maestra del Sumo Hacedor.

El ser humano tiene alma y cuerpo. Este último se compone de mente y de órganos.

El ser humano habita en una casa, se cubre con vestidos.

Se alimenta, trabaja, tiende a mejorar su vida.

Sufre enfermedades y dolencias que procura curar.

Aspira a la libertad y a la seguridad.

* * *

El alma de la comunidad nacional es la Patria.

Esta, según nuestro Diccionario de la Lengua, es la «nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas».

Como el alma humana, el alma nacional es dada por Dios.

En manos exclusivas del hombre está la terrible libertad—única libertad absoluta que existe en este mundo—de salvarla o de condenarla.

* * *

El cuerpo de la comunidad pudiera ser la Nación, agrupación de hombres unidos por la comunidad de origen y de destino, dedicados a la conservación de una cultura y una riqueza en medio de las demás naciones.

El citado Diccionario la define como «conjunto de los habitantes de un país regido por un mismo gobierno».

La analogía adoptada me parece seguir siendo válida.

Ese conjunto de habitantes, esa agrupación de hombres se pueden asemejar al conjunto y agrupación de células que integran el cuerpo humano.

Células unidas en corporaciones funcionales, diferenciadas y específicas, todas ellas imprescindibles para la vida del organismo mediante el cumplimiento de sus misiones propias e inalienables.

Células que nacen, viven, se reproducen y mueren durante toda la existencia del organismo, que llevan en sí genes hereditarios a los que no pueden renunciar, aunque lo quisieran.

Fallos internos, agresiones microbianas externas, ingestiones de sustancias nocivas o inoculaciones infecciosas pueden producir alteraciones graves, tal vez letales, en el funcionamiento del cuerpo.

Entonces las defensas orgánicas, las células especializadas en el rechazo de la agresión, en la defensa de la comunidad celular, acuden instantáneamente, sin necesidad de una orden expresa al lugar afectado para combatir el mal, al precio de su propia existencia individual.

Las células grises del cerebro pueden ser equiparadas al gobierno que rige el conjunto de los habitantes del país, la mente del ser comunitario, y sus funciones de relación, por medio de los nervios sensitivos, que le hacen llegar las impresiones exteriores y de los nervios motores que transmiten las órdenes a los músculos.

La vida del hombre es una continua lucha entre el alma que quiere salvarse y las apetencias materiales; está sometida a todas las tentaciones del espíritu y de la materia, a las innatas apetencias al delito y al pecado, a las aspiraciones hacia el goce, hacia el bienestar, al rechazo del dolor y del esfuerzo.

Si la materia llega a dominar el espíritu, si consigue adormecer la mente y la conciencia, el cuerpo, la comunidad puede entregarse a toda clase de degradaciones para conseguir goces materiales.

Puede prostituirse, puede drogarse y, de abdicación en renuncia, desembocar en una muerte prematura, antinatural y depravada o en el suicidio por desesperación o por hastío.

Si el espíritu consigue refrenar los apetitos carnales, se irá perfeccionando a sí mismo, aquilatándose y podrá llevar el cuerpo a la aceptación de los sinsabores, de las privaciones, de las incomodidades y de los sacrificios—incluido el sacrificio supremo—en aras del cumplimiento de la misión del honor y de la salvación del alma, sea ésta humana o comunitaria.

Cuando el vigor físico decae, por ley inexorable, el ser ha podido compensar la disminución de sus facultades con el aumento de su sabiduría y de su experiencia. Si ha sabido preparar su relevo y modelar seres más jóvenes, sanos de mente y de cuerpo, podrá hacerlos beneficiarios de lo que los años le han enseñado para que empleen sus fuerzas y sus bríos en sobrepasar sus propios logros, del mismo modo las células se renuevan para asegurar la continuidad de la vida del organismo.

El ser humano, desde su más remota antigüedad, se ha buscado una morada, procurando que ésta sea segura y cómoda.

Para la comunidad esa morada es el país.

El país es la casa solariega a la par que la tumba de nuestros antepasados.

Todas las civilizaciones, incluso las más elementales, han rendido culto a sus muertos, a los que han levantado monumentos funerarios, a veces gigantescos, buscando—como en las pirámides—su inviolabilidad para evitar su profanación.

En esa morada vivimos las generaciones presentes y tienen derecho a nacer y a vivir las venideras. Y tienen derecho a nacer en una casa honrada y decente, limpia, cómoda y acogedora en la que gusten vivir, hacia la que se sientan atraídos, en la que puedan estar ufanos de recibir a sus amigos y que estén resueltos a seguir defendiendo de los agresores que pretendan profanarla, saquearla o adueñarse de ella.

Es deber sagrado de sus moradores vivos por respeto a los muertos y a los venideros, mantener la honra de la casa, no consintiendo en ella la vileza, mejorar sus condiciones de habitabilidad e incluso de ornato y defender su integridad.

* * *

El cuerpo humano necesita cubrirse con vestidos. Estos han de ser, ante todo, adecuados al clima en que se vive, y en armonía con las modalidades de la vida actual.

La vestimenta se puede equiparar al Estado, superestructura visible de una infraestructura cultural.

La moda es la tirana de la indumentaria. Son muchas las personas que presumen de libres, de liberadas o de liberalizadas: y son sus esclavas sumisas, que no saben resistir a sus mandatos, aunque éstos choquen con sus sentimientos o con la conveniencia de la comunidad.

Los dictadores de esta moda saben perfectamente utilizar la enorme fuerza del gregarismo para asegurar sus objetivos, obligando a su clientela a adoptar sus modelos para vestirse «a su moda», aunque los vestidos sean todavía muy aprovechables.

Los pueblos de recia conciencia de sí mismos han sabido conservar, a través de todas las evoluciones del vestir, un toque propio en su vestimenta. Son pueblos próceres, ufanos y seguros de sí mismos.

AMENAZAS A OCCIDENTE

Pero hay gentes predisuestas *a priori* a menospreciar por sistema lo propio y a aceptar con reverencia y sumisión lo que les llega del extranjero, con marca de manufactura extraña, sin pararse a pensar que, a lo mejor, tienen ellos mismos unos sastres de primera categoría, paños que otros para sí quisieran, o que, también a lo mejor, las pruebas ideadas y confeccionadas para otros climas, para otras costumbres y para otras constituciones físicas pueden resultar ridículas e inadecuadas en el ambiente y en el modo de vivir propios.

Si una comunidad se encuentra cómoda y a sus anchas en su traje nacional y si éste es adecuado a su trabajo, ha de sentar bien al cuerpo que lo viste.

* * *

El sempiterno enemigo de los valores básicos de la cultura cristiana y, más aún, de la cultura católica que ha sustentado España desde que es España, después de sus repetidos fracasos cuando intentó la acción directa, ha cambiado de táctica.

Aunque la realidad de ese «enemigo» se manifiesta tan abiertamente en sus métodos y propagandas como en las acciones de infiltración e insidia, lo que nos redime de toda acusación de maniqueísmo, pudiera ser oportuno destacar esa táctica de medias verdades o verdades a medias que constituyen su sistema de penetración.

Asistimos a una sistemática tergiversación de valores en algunas áreas de la vida comunitaria, en la que colaboran, consciente o inconscientemente, gran número de células de este organismo vivo que, con la disculpa de ponerse al día, aceptan por novedad lo que puede ser una moda pretérita.

Ha contratado viajantes de ideas, vendedores de puerta a puerta, que ha vestido con nuestra propia ropa, con nuestro traje regional e incluso con vestimentas muy características.

Recluta sus agentes entre aquellos que prefieren cualquier cosa a ser tachados de no ir a la moda.

* * *

La campaña publicitaria de esta moda utiliza todos los vectores de lanzamiento y tiene varios nombres, según el blanco a que se dirigen. Pero sólo tienen un apellido: acción subversiva, de la que tanto se habla que llega a cansar y perder interés; hábil maniobra es ésta de hacer que suene a monserga el peligro y la amenaza.

La acción subversiva no es cosa moderna, pero en el decurso del tiempo se ha ido aquilatando y llega hoy a extremos de perfección.

Ha aprendido que atacar directamente el fondo doctrinal es muy expuesto al fracaso. No muchos espíritus pueden aceptar y digerir el Mal químicamente puro. Para que pueda ser aceptado, ingerido y asimilado hay que envolverlo, hay que mezclarlo con sustancias, al parecer anodinas y de gusto agradable, con el señuelo del progreso y de la libertad.

El ataque no se dirige directamente al fondo, sino solamente a la forma, a lo que se hace parecer accesorio y adjetivo. Si se consigue abrir brecha en la forma, se podrá alcanzar el fondo, que es el verdadero objetivo.

Esa forma, accesoria y adjetiva, desempeña para el fondo el papel del recinto de combate que cubría y protegía al de seguridad de las plazas fortificadas.

El ataque más eficaz era el de la mina, que partía de las paralelas de contravalación, cada vez más próximas a la plaza, y que se dirigía a la punta del baluarte.

Si el defensor sabía combatir, tenía preparadas de antemano las contraminas y reaccionaba ofensivamente cuando una de las obras exteriores—o defensas accesorias—caía en manos del atacante; así mantenía alejado el peligro del recinto de seguridad.

Nuestras defensas exteriores están atacadas desde hace tiempo y siguen adelante los trabajos de zapa. Casi están ya ocupados los hornabeques y las medias lunas del rito y del mito. Las galerías de mina están alcanzando el foso y progresan hacia los baluartes de la doctrina.

El mito tiene actualmente mal ambiente: hay que «desmitificarlo» todo, someterlo todo al frío juicio de la razón, destruyendo el rito; también se puede llegar a destruir el dogma que sirve: el rito de adoración de rodillas refuerza el concepto de divinidad, como el rito del saludo militar refuerza el de disciplina.

Pese a los avisos que dan los escuchas propios, que no apartan el oído de los geófonos, hay muchos en el recinto de seguridad de la plaza que se aferran a la creencia de que se trata de falsas alarmas, de terrores infundados de pesimistas, de manías de cazadores de brujas.

Incluso dentro de la plaza hay buen número de agentes del agresor, hábilmente disfrazados con los mismos ropajes del defensor, que contribuyen a reforzar ese sentimiento de confianza y de suicida seguridad y que son siempre voluntarios para hacer guardia a la puerta

AMENAZAS A OCCIDENTE

de los polvorines o en las torres de vigias, cerca de la bandera, para poder arriarla en el momento oportuno y para izar, en su lugar, la de su amo el atacante.

Ahora las células del cuerpo comunitario se van dando cuenta de que por ser constante y permanente el ataque, bajo la forma de la acción directa y subversiva—tiros y guerra no son totalmente sinónimos—, se dan cuenta de que están en guerra y que, por lo tanto, han de vivir en estado de guerra.

* * *

El cuerpo comunitario aspira a la seguridad y a la libertad; como creía asegurada *in aeternum* su seguridad, se lanzó desbocadamente a conseguir la libertad integral.

Ahora se va dando cuenta Occidente de que un concepto erróneo de libertad compromete gravemente la seguridad y, como escribe John Luckás en su libro *Historia de la guerra fría*, está dispuesto a vender libertad a cambio de seguridad.

* * *

Con respecto a lo que acabo de exponer, cada actividad del espíritu cívico de la comunidad debe basarse en el reconocimiento de que:

1. La subversión amenaza físicamente la seguridad personal y colectiva, no quedando nadie al margen del peligro.
2. Atenta contra todos los derechos básicos del individuo y de la comunidad.
3. La subversión tiende a alterar costumbres, hábitos y relaciones humanas, creando una atmósfera de miedo y de desconfianza.

Toda comunidad sometida a estas tensiones durante un cierto período de tiempo está amenazada en su supervivencia, y ante esta amenaza la respuesta adecuada es lo que entendemos por Defensa de la Comunidad.

Se hace preciso destacar este fenómeno de la subversión porque, así como es evidente arbitrar recursos contra otras formas de agresión a la comunidad—como en el caso de terremotos, inundaciones, incendios y otras catástrofes naturales—, no existe un mismo nivel de concienciación ante agresiones menos ostensibles, pero más peligrosas en sus consecuencias, como la que aludimos.

Nadie puede ser hoy ajeno al tema de la Defensa de la Comunidad, que en el fondo es el del bienestar y la supervivencia organizados de acuerdo con los nuevos tiempos y con las nuevas técnicas. Se trata de conseguir, en la promoción de la idea de Defensa de la Comunidad, un entramado de ideas capaces de mentalizar a los individuos y a los grupos sobre la importancia de este tema, de forma que la Defensa de la Comunidad sea un resorte psicológico y social permanente que reaccione ante los estímulos exteriores e interiores de acuerdo con los valores establecidos, y cuyo lema podría ser «solidaridad y participación».

* * *

Gracias a Dios, vivimos unos años de tranquilidad en Occidente, sin que choquen los ejércitos en los campos de batalla.

Por eso muchos occidentales creen que estamos en paz.

Y es que todo en este mundo tiene dos caras, como el dios Jano.

Esa misma tranquilidad, que ha hecho posible un asombroso progreso material, ha creado en demasiados occidentales un peligroso confusionismo: el de victoria en la batalla y el de paz en la guerra, consecuencia de confundir lucha armada con lucha de voluntades.

Este confusionismo, aparentemente intrascendente, tiene la trascendencia de producir un estado de descompromiso, de indiferencia y de sopor en gran parte de los ciudadanos que, al creer que están en paz porque no sufren bombardeos ni se les moviliza para vestirlos de uniforme, no se consideran ejecutantes de la guerra, de la auténtica guerra que estamos viviendo, de esta lucha de voluntades en que estamos inmersos.

Y ésta es la tragedia de Occidente, cuya voluntad está adormecida o anestesiada frente a la de su adversario, que está despierta, activa y decidida.

Ese descompromiso, creado conjuntamente por años de tranquilidad y por la acción anestesiadora del enemigo, produce en una gran mayoría de occidentales el convencimiento de que la lucha, en la que muchos no creen, es cosa de los leucocitos y de los anticuerpos del cuerpo comunitario, cuando no una morbosa hostilidad contra esos mismos leucocitos y anticuerpos dispuestos al sacrificio en el combate contra la infección, y blanco de críticas y, a veces, de desprecios y de insultos por parte de las mismas células que defienden.

Es tan suicida como si el organismo humano crease voluntariamente en su propia sangre antileucocitos y anti-anticuerpos.

Si todo esto es válido para cualquier comunidad nacional del mundo no comunistizado, también lo es para la comunidad occidental en su conjunto.

Durante estos días van ustedes a dedicar sus reflexiones al estudio del tema «Avance soviético, repliegue americano, resistencia europea».

El avance soviético más peligroso no es el que pudiera en su día realizarse en una batalla en Centroeuropa, por el flanco Norte o por el flanco Sur, porque sería un potente revulsivo para Occidente.

El más peligroso es el que está llevando a cabo constantemente sobre todos los frentes a la par, es decir, sobre el frente doctrinal, en el que están implicados todos los espíritus.

El secular imperialismo moscovita ha encontrado en nuestro tiempo un potente vector para su realización. Así lo ha podido escribir Jules Monnerot: «El comunismo es a la Rusia soviética lo que la religión islámica fue al imperio abasida.» Y también: «El fenómeno social total del comunismo lleva hoy día la guerra a su auténtico significado: guerra doctrinal.»

El avance doctrinal se ve facilitado por los antileucocitos y los anti-anticuerpos que Occidente, suicida o inconsciente, crea y tolera en su propia sangre.

La retirada americana que preocupa a las opiniones públicas es la nada material de las tropas estacionadas en Europa o de la VI Flota.

Mucho más grave es la retirada espiritual de la gran nación a causa del empujón del *USA go home*, que produce el tirón de un neo-aislacionismo: dos fuerzas que obran en el mismo sentido y suman sus efectos.

Convendría analizar fríamente la causa real y verdadera de ese empujón y de ese tirón.

Si Europa quiere defenderse, tiene que armarse.

Armarse como se arma una estructura metálica: ensamblando y remachando firmemente sus diversas piezas.

Y sobre todo armarse espiritualmente, buscar el fondo común de su cultura, que le hará descubrir nuevamente su destino común.

De no ser así, desarticulada y desarmada, tendrá que resignarse a caer en una o en otra esclavitud: la de la coexistencia pacífica bajo la bota de su dominador soviético o la de la colonización económica del supercapitalismo de las multinacionales.

La creación de una conciencia general de defensa nacional, de defensa europea, de sus fines, de sus necesidades y de sus recursos, y el desarrollo adecuado de este concepto, haciendo comprender las

FERNANDO DE SANTIAGO Y DÍAZ DE MENDÍVIL

exigencias, deberes y responsabilidades de todos los ciudadanos, sin excepción, ha de basarse en la preservación y en el perfeccionamiento de los valores éticos y morales en el individuo y en la comunidad mediante la educación cívica para la convivencia y mediante la correcta e inteligente información a la opinión pública. Tareas éstas que competen a todos cuantos son depositarios de autoridad, desde los Gobiernos hasta los educadores y los padres de familia, pasando por la Iglesia.

Es ésta una labor digna de suscitar entusiasmo y hasta heroísmos, en la que es preciso hacer participar a todos nuestros hombres y a todos nuestros pueblos, pues de ella depende el ser o no ser de la patria y de las patrias.

Larga y constante labor queda todavía por hacer para mantener viva esta conciencia comunitaria en el clima de la lucha de voluntades que prosigue, con la finalidad de alcanzar el objetivo primario y trascendente de la comunidad humana: obtener y consolidar esa paz que Dios ha prometido a los hombres de buena voluntad.

Alteza Imperial, señor presidente, señoras y señores, muchas gracias por vuestra atención.

FERNANDO DE SANTIAGO Y DIAZ DE MENDIVIL

Teniente general